

## Un autodiagnóstico del positivismo en México. El “Discurso de inauguración de la Universidad Nacional”, de Justo Sierra, a la luz del centenario de la revolución mexicana.

**Josefina María Moreno de la Mora**

Departamento de Letras, Universidad de Guadalajara

“El hombre es un átomo, pero un átomo que no sólo refleja al Universo, sino que lo piensa”

(Sierra, 1958: 23)

### *Los variados festejos del centenario*

En septiembre de 1910 el gobierno del general Porfirio Díaz se disponía a celebrar el centenario de la Independencia de México. El programa de los festejos (el más esperado de los cuales era un elegante baile en Palacio Nacional) anunciaba tres semanas de actividades que incluían certámenes de composiciones históricas y literarias sobre el tema, la celebración de un Congreso de Americanistas, el estreno de una ópera compuesta por Julián Carrillo, una exposición de arte nacional montada por el Dr. Atl.

También con ese motivo se realizaron exhibiciones de objetos personales de Hidalgo y Morelos, se erigieron estatuas a Garibaldi, Pasteur y Washington; se inició la construcción del Teatro Nacional (actual Palacio de Bellas Artes), la Cámara de Diputados y la Cárcel de Lecumberri. Se inauguraron el Manicomio y la Universidad Nacional (Garcíadiego, 2000: 37-38).

La inauguración de la Universidad Nacional, el 22 de septiembre, fue quizás el acontecimiento más solemne de cuantos se realizaron. Estuvieron presentes los miembros del gabinete y otros políticos prominentes, la representación diplomática, los miembros del primer consejo universitario, los delegados enviados por las universidades de Roma, Viena, Chicago, Johns

Hopkins, Buenos Aires, así como de París y Berkeley, las dos instituciones que la “amadrinaron”. Los profesores y estudiantes ocuparon el segundo piso del anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, en donde se llevó a cabo la ceremonia (*ibid.*: 39-42).

Inició con el discurso inaugural pronunciado por Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes,

*El Imparcial*, el más influyente periódico del país, aseguró que había sido el discurso más bello de los pronunciados en México desde el inicio del siglo. Los otros periódicos, aunque también lo elogiaron, no fueron tan exagerados. Además de su capacidad literaria y del conocimiento enciclopédico manifestado, Sierra expresó en él sus ideas sobre lo que debía ser la Universidad Nacional. [...] Sierra deseaba una institución auténticamente nacional, abierta a todos los que tuvieran la capacidad intelectual suficiente, cualquiera que fuera su origen social. Tolerancia, liberalismo y democracia, según él, caracterizarían a la naciente universidad (*ibid.*: 40-41).

Acto seguido, don Porfirio Díaz declaró solemnemente inaugurada la institución, y se dio lectura al listado de quienes habían sido honrados con el grado de doctor *honoris causa*; entre ellos, Theodore Roosevelt, Víctor Manuel III, Andrew Carnegie, y los mexicanos José Yves Limantour (ideólogo positivista y Secretario de Hacienda del gobierno porfirista), Gabriel Mancera (empresario y filántropo) y Agustín Rivera (sacerdote católico jalisciense, polígrafo, considerado el ideólogo del partido liberal en los estados del occidente de la república). El rector Ezequiel Chávez tomó posesión de sus oficinas para concluir el acto.

### *Justo Sierra: escritor, periodista, historiador y educador*

Es pertinente revisar los datos biográficos y bibliográficos de Justo Sierra, con el fin de comprender el perfil y la importancia de uno de los principales artífices de las ideas educativas durante el porfiriato, que sentó las bases actuales de la educación pública actual por ser el autor de la ley que normaba la instrucción primaria, pero también por proponer en reiteradas ocasiones el proyecto de la Universidad Nacional, que finalmente fue aceptado en una coyuntura que se consideró propicia para la fundación de la institución.

Hijo del abogado y escritor Justo Sierra O'Reilly (quien destacó en la península de Yucatán por su labor como periodista, historiador y político, además de ser uno de los primeros narradores mexicanos), Justo Sierra Méndez nació en Campeche el 30 de enero de 1848. Al escindirse la península en dos entidades (Campeche y Yucatán), su otrora influyente familia tuvo que trasladarse a la ciudad de México. De acuerdo con Matute (2005: 430-440), a los doce años ingresó al Liceo Francés y comenzó su trato con Ignacio Manuel Altamirano. Tras la intervención francesa colaboró con él en *El Renacimiento*, como poeta.

Autor de un drama, escribió en el semanario *El Monitor Republicano* una columna intitulada "Conversaciones del domingo", y en *El Renacimiento* una novela por entregas llamada *El Ángel del Porvenir*, que dejó inconclusa. Después publica su libro *Cuentos románticos*.

Ensayista y crítico literario, hacia 1875 hizo periodismo de opinión en *La Libertad*, el diario realizado por el grupo positivista que posteriormente fue conocido como "Los Científicos". Catedrático de la Escuela Nacional Preparatoria, perfeccionó sus habilidades como orador e inició su labor de historiador. Entre sus obras destacan *Historia de la antigüedad*, *Compendio de historia universal* y *México a través de los siglos*.

A mediados de la década de 1880, desde la Cámara de Diputados, elaboró el primer proyecto para una universidad nacional que sustituyera a la Real y Pontificia Universidad de México (que había sido cerrada por Maximiliano en 1865). Subsecretario de Justicia e Instrucción Pública, y después secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905), resaltó siempre la importancia de la educación en todos sus niveles. En 1908 presentó un proyecto de Ley de Instrucción Primaria que resume su pensamiento: la educación primaria debe ser nacional (infundir el amor a la patria); integral (estimular el desarrollo moral, físico, intelectual y estético); laica (neutral respecto de las cuestiones religiosas) y gratuita (Bazant, 1985: 25).

Junto con el grupo de "Los Científicos" (José Yves Limantour, Francisco Bulnes, Rosendo Pineda, Pablo y Miguel Macedo) publicó una serie de monografías en que se analizan varios aspectos de la realidad, titulada *México, su evolución actual*.

En abril de 1911 Sierra, junto con otros ministros, se vio precisado a renunciar a consecuencia de la Revolución mexicana. Madero lo integró al cuerpo diplomático al nombrarlo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Rey de España, para representar a México en el centenario de las Cortes de Cádiz. Llegó enfermo a su destino, y murió el 12 de septiembre de 1912.

### *Del sermón al discurso*

La importancia de la oratoria como vehículo de difusión de ideas en México se remonta a los primeros años del virreinato de la Nueva España, cuando el principal lugar de reunión de la sociedad era la iglesia, y la forma más directa de hacer llegar los mensajes significativos a la población era desde el púlpito.

Durante la época colonial, el sermón, como único mecanismo de transmisión de ideas al cual tuvo acceso un porcentaje significativo de la población, realizó una función de intermediación cultural, al poner al alcance del pueblo

Tratados teológicos y tradiciones del cristianismo, así como rasgos de la sabiduría pagana [...]. En el sermón igualmente se ponderaban los grandes acontecimientos de la monarquía, del virreinato y de cada provincia, población o instituto; nacimiento, casorio y muerte de regias personas, triunfos y batallas, llegada y funeral de virreyes, exequias de obispos y provinciales, profesión de monjas, consagración de nuevos templos o altares y, desde luego, la fiesta patronal (Herrejón, 2002: 431).

Según la clasificación de la retórica clásica existen tres tipos de discursos: judiciales, deliberativos y epidícticos (con función de alabanza o reproche); entre estos últimos destacan los panegíricos o de alabanza (de los sermones coloniales que se conservan impresos, la mayoría pertenecen a este género). Desde esta perspectiva se considera que las partes de la pieza oratoria son: a) exordio; b) proposición (partición y narración); c) argumentaciones; d) peroración (recapitulación y conclusión).

En el siglo XIX con el advenimiento de las ideas liberales y el inicio del proceso de secularización de la sociedad, la oratoria civil cobra auge, sobre todo en la vertiente política. Es utilizada tanto para dar a conocer ideas como para debatirlas, sobre todo en el contexto de los

órganos representativos del gobierno. Siguiendo la pauta de la tradición oratoria novohispana, no es difícil inferir que el sermón es el modelo a seguir.

González Peña (1966: 247) considera que la oratoria no es un género en el cual destaquen los mexicanos por naturaleza; no obstante, nombra a quienes considera dignos representantes de esta disciplina, entre ellos Ignacio Manuel Altamirano, Ignacio Ramírez, Francisco Bulnes y Justo Sierra.

El “Discurso de inauguración de la Universidad Nacional” se divide claramente en partes que corresponden al esquema de la oratoria clásica. A manera de exordio, afirma que el problema de la educación es un problema social y político. Considera la necesidad de una formación integral del ser humano; allí radica la importancia de la escuela primaria y surge la misión (divina) del maestro.

A manera de proposición, plantea que la universidad tiene un compromiso social ineludible, por lo cual la postura de los intelectuales encerrados en su “torre de marfil” no tiene cabida en dicho proyecto educativo. Por el contrario, el hecho de apropiarse de la ciencia consiste en “nacionalizarla”; adaptarla a las peculiaridades de la incipiente nación mexicana con el fin de ponerla al servicio de la sociedad.

La identidad mexicana, aún por construirse, tiene como ingredientes el alma española y el alma indígena, que coexisten en cada sujeto sin fundirse. Para la consolidación de tal identidad es necesario explicitar las especificidades propias que diferencian a la cultura mexicana de cualquier otra.

Propone el método científico como única vía para validar la investigación realizada en la Universidad Nacional, es decir, para hacerla universal (ir de lo particular-mexicano a lo general-universal). La cultura mexicana se encuentra difusa en el ambiente y es la función de la universidad concentrarla y sistematizarla, ya que en ella se decantan los grupos selectos provenientes de la educación que proporcionan la familia y la escuela.

Como argumentación, comienza el deslinde entre la Real y Pontificia Universidad y la Universidad Nacional. Reconoce a la primera como un antecedente temporal, pero desliga por completo a la

nueva institución de la tradición escolástica y memorística que aquella representa. Repasa la historia cultural de occidente desde la edad media hasta su propia época.

Considera que el inicio de la patria se da en 1810, gracias a que los insurgentes se formaron en los seminarios, en donde (a diferencia de lo ocurrido en la universidad) aprendieron las ideas prohibidas de la Ilustración. Plantea las diferencias ontológicas entre la Real y Pontificia Universidad y la Universidad Nacional: en la primera prevalece el binomio “Dios y el Rey”, mientras que la segunda se rige por el lema “democracia y libertad”. La construcción de la democracia inicia en la escuela primaria, mediante la unificación de la lengua y la cultura (que conlleva la homogeneización de las lenguas y culturas indígenas), con el fin de iniciar al ciudadano, desde su infancia, en la “religión de la patria”.

Finalmente, como peroración enuncia que la función social de la Universidad Nacional es formar buenos profesionistas para lograr la paz, la salud, la riqueza y el decoro sociales; así como difundir el “divino amor a la ciencia”, que paulatinamente sustituye a la religión.

### *Telescopio y microscopio; macrocosmos y microcosmos*

Los grandes temas que ocupan a Sierra (la ciencia, la educación y la historia) son abordados mediante un elaborado registro discursivo en el que los campos semánticos se trastocan e intercambian.

Por ejemplo, para explicar la función social de la educación construye símiles que utilizan el discurso científico; en especial el de la física (ciencia por antonomasia). Considera que, para un pueblo la educación integral debe ser:

el anhelo de transformar todas sus actividades: la mental, *como se transforma la luz*,\* la sentimental, *como se transforma el calor*, y la física, *como se transforma el movimiento, en una energía sola, en una especie de electricidad moral* que es propiamente la que integra al hombre, la que lo constituye en un valor, la que lo hace entrar como *molécula consciente* en las distintas

---

\* Los subrayados son míos.

evoluciones que determinan el sentido de la evolución humana en el torrente del perenne devenir (Sierra, 1958: 21).

Continúa en el mismo tenor al establecer que la escuela primaria, a la que llama “la escuela por antonomasia” (*ibid.*: 22), debe hacer evolucionar al niño hasta transformarlo en hombre, gracias a la formación del carácter.

El carácter está formado cuando se ha impreso en la voluntad ese *magnetismo misterioso, análogo al que llama a la brújula hacia el polo, el magnetismo del bien*. Cultivar voluntades para cosechar egoísmos, sería la ruina de la pedagogía; precisa *imantar de amor* a los caracteres (*idem.*).

Las referencias históricas que se introducen tienen la función de contextualizar las ideas; sin embargo, también se emiten opiniones e inquietudes sobre lo ocurrido en determinado período.

Una vez más, las referencias históricas se van entretrejiendo con el discurso científico, y se comienza a introducir el recurso más reiterado en el texto mediante un fragmento que parte de la historia y pasa por la astronomía con el fin de establecer una visión panorámica, que parte de lo general-universal para llegar a lo particular-mexicano. Presenta una visión mexicanizada del concepto de “torre de marfil”.

Sería una desgracia que los grupos mexicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en *gigantesca pirámide*, con la ambición de poder *contemplar mejor los astros y poder ser contemplados por un pueblo entero*, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase la creación de un adoratorio en torno al cual se formase una *casta de la ciencia*, cada vez más alejada del suelo que la sustenta, cada vez más indiferente a las pulsaciones de la realidad social turbia, heterogénea, consciente apenas, de donde toma su savia y en cuya cima más alta se encienda su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio... (*idem.*).

En contraposición con el rechazo a la “casta de la ciencia”, propone más adelante la noción de “obreros intelectuales”. Aprovecha la mención a la astronomía para llegar a una rama de la física que tuvo un desarrollo significativo durante la Ilustración; la óptica, y a dos instrumentos desarrollados gracias a sus principios; el telescopio y el microscopio, que utiliza cuatro veces en el

texto para hacer referencia a lo general y lo particular, lo universal y lo mexicano de manera respectiva. Establece la comparación de la universidad con un naciente organismo vivo:

no se concibe en nuestros tiempos que un organismo, creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; [...] una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor (*idem.*).

Reconoce la ignorancia que prevalece en su época sobre el mundo prehispánico, ya que durante la época colonial no hubo estudios sistemáticos al respecto y en el siglo XIX, si bien se rescata la figura idealizada del indígena, no se realizan investigaciones específicas sobre ningún aspecto de las etnias originales. Sin embargo, no parece considerar que este hecho afecte de algún modo el proceso de constitución de una identidad nacional. Ahora parte de lo particular para ir a lo general.

¿Aquí habitó una raza sola? ¿Las diferencias no estructurales, pero sí morfológicas de las lenguas habladas aquí indican procedencias distintas en relación con una diversidad, no psicológicas, pero sí de configuración y de aspecto de los habitantes de estas comarcas? Estos hombres que construyeron pasmosos monumentos en medio de ciudades al parecer concebidas por un solo gigante y realizadas por varias generaciones de vencidos o esclavos de la pasión religiosa, servidores de una idea de dominación y orgullo, pero convencidos de que servían a un dios, también erigieron en sus cosmogonías y teogonías monumentos espirituales más grandes que los materiales; como que tocan por sus cimas, abigarradas igual que las de sus teocalis, a los problemas eternos, esos en presencia de los cuales *el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas*, es decir, una interrogación ante la noche (*ibid.*: 23).

A pesar de que intenta desligar a la Universidad Nacional de la Real y Pontificia Universidad de México, al establecer las características de la segunda la equipara con un organismo vivo, tal como había hecho con la primera. De esta manera establece una equivalencia entre ambas instituciones y pierde fuerza su intento por diferenciarlas. No obstante, los adjetivos que otorga a la bicentenario,



funcionan a la inversa de los que utiliza para calificar a la naciente universidad; mientras que compara a ésta con un organismo animal mamífero (probablemente humano) que crece en el vientre materno y nace, aquélla es un vegetal que se va fosilizando hasta pasar a formar parte del reino mineral (inerte).

La Universidad mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces [...]. Los maestros universitarios, aquí como en la vieja España, hacían labor de Penélope y enseñaban como se podía discurrir, para no llegar ni a una idea nueva, ni a un hecho cierto; aquello no era el camino de ninguna creación, de ninguna invención; era una telaraña oral hecha de la propia substancia del verbo. [...] Aquel organismo se convirtió en un caso de vida vegetativa y después en un ejemplar del reino mineral: era la losa de una tumba (*ibid.*: 29).

De manera circunstancial, durante esta exposición de los motivos que lo llevan a desligar a la nueva institución de su antecesora, casi sin querer hace la única mención al acontecimiento que se conmemora a nivel nacional, y que (se supone) constituye el motivo central del acto solemne que se lleva a cabo en ese momento: la independencia de México. La única razón por la que se menciona este acontecimiento histórico es para reforzar la idea del carácter obsoleto de la Real y Pontificia Universidad de México. No obstante, reconoce el carácter fundacional de este acontecimiento respecto del concepto de nación mexicana:

fueron los seminarios los que prepararon el espíritu de emancipación filosófica, obligando a sus alumnos a conocerlo en las refutaciones que de él se hacían, o en algunos libros clandestinamente importados en las aulas; y fueron los seminarios, y no la Universidad, los que cultivaron con sigilo las grandes almas de los insurgentes de 1810, en las que por primera vez la patria fue (*ibid.*: 30).

Las ideas planteadas sobre la construcción de una identidad mexicana basada en una educación “nacional, integral, laica y gratuita”, parten del supuesto de que este es el único camino por el que se puede llegar algún día a la democracia. Este caro ideal se vislumbra para un futuro a mediano plazo.

Sin embargo, para construir la identidad nacional, considera necesario realizar algunos pequeños sacrificios con el fin de unificar la cultura mexicana. Las lenguas y culturas indígenas

deben ser asimiladas por una lengua y una cultura occidentalizadas que permitan a México acceder al orden y progreso de las sociedades modernas. La obsesión de Ignacio Manuel Altamirano por presentar la imagen de una sociedad civilizada (en contraposición con el concepto de barbarie que pudiera ser percibido por las naciones europeas) se hace presente:

[...] penetrados hondamente del deber indeclinable de transformar la población mexicana en un pueblo, en una democracia, nos consideramos obligados a usar, directa y constantemente del medio más importante de realizar este propósito, que es la escuela primaria [...], ésta, que sugiere hábitos, que trata de convertir la disciplina externa en interna, que unifica la lengua, levantando una lengua nacional sobre el polvo de todos los idiomas de cepa indígena, creando así el elemento primordial del alma de la nación; [...] que prepara sistemáticamente en el niño al ciudadano, iniciándolo en la religión de la patria, en el culto al deber cívico (ibídem: 31).

El registro discursivo de lo religioso es asociado a la educación a lo largo de todo el texto; desde la “divina misión del maestro” que se enuncia al principio, hasta los últimos fragmentos en los que se propone la paulatina sustitución de la religión por la ciencia. Par ello utiliza manera otro concepto asociado a la òptica: la dicotomía luz-oscuridad. Este recurso había sido utilizado por la iglesia católica para representar la evangelización como el proceso de hacer la luz sobre las “tinieblas de la idolatría”, pero de manera evidente remite también a la ilustración, cuando la luz de la razón destruye la oscuridad de la superstición. Sierra une ambos registros discursivos de una manera notable. “La ciencia avanza proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad, debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas” (ibídem: 24).

Afirma en este mismo tenor sobre las humanidades: “Las ciencias y las letras humanas [...] difundirán el amor a la ciencia, amor divino, por lo sereno y puro, que funda idealidades como el amor terrestre funda humanidades” (ibídem:32). El ideal al que conduce este propósito queda explícito: “un Dios distinto del universo, un Dios inmanente en el universo, un universo sin Dios” (ibídem: 34).

Concluye con un fragmento en que todos los registros discursivos evidenciados coexisten y se complementan:

[...] el nuevo hombre que la consagración de la ciencia forma en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece [...] que ante ellos eleve una promesa de libertad y redención, la hostia inmaculada de la verdad (ibídem: 34).

### *A manera de conclusión*

A pesar de ser considerado como uno de los acontecimientos centrales en el contexto de los festejos que el gobierno del general Díaz organizó para conmemorar el centenario de la independencia de México, se evidencia que el “Discurso inaugural de la Universidad Nacional” no toma como motivo central tal acontecimiento, que apenas es mencionado de manera circunstancial.

Parece ocurrir lo mismo con el resto del programa de festejos, ya que fuera de la exhibición de objetos personales de Hidalgo y Morelos, y la implantación de un símbolo como lo es la Victoria alada que se conoce de manera popular como el Ángel de la Independencia, el resto de los eventos parece más bien diseñado para mostrar a México ante el resto del mundo como un país listo para integrarse al “orden y progreso” occidentales.

Justo Sierra elabora su pieza oratoria en estricto apego a los cánones retóricos, con un evidente sustrato en la oratoria sagrada que va más allá de lo formal y se manifiesta de igual manera en el proceso de deconstrucción del discurso religioso que se ha puesto en evidencia.

El aparente eclecticismo entre los discursos religioso y científico, así como la recurrente presencia de la asimilación de conceptos, instituciones y hasta naciones con organismos vivos remiten a la formación positivista de Sierra, quien desde su inicio formó parte del grupo conocido a nivel popular como “Los Científicos, quienes fueron parte medular de la conceptualización de la política durante el gobierno del general Díaz, en especial en las materias económicas y educativas.

Se manifiestan también las características del pensamiento histórico de este grupo, basado en el concepto de evolucionismo, que propone una mediación entre las corrientes pro hispanistas o

pro indigenistas de la historia, al considerar que ninguna de estas etapas históricas constituye un paradigma a seguir (Matute, 2005: 436). Es por esto que propone partir de un concepto fundacional de la identidad nacional moldeada por el “orden y progreso” de la unidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- BAZANT, Mílada (1985) *Debate pedagógico durante el porfiriato*. México: SEP-Ediciones del Caballito.
- (2006) *Historia de la educación durante el porfiriato*. México: El Colegio de México.
- GARCIADIEGO, Javier (2000) *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la revolución mexicana*. México: El Colegio de México-UNAM.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos (1966) *Historia de la literatura mexicana. Desde sus orígenes hasta nuestros días*. México: Porrúa ("Sepan cuántos...", núm. 44).
- HERREJÓN, Carlos (2002) "Los sermones novohispanos", en Raquel Chang Rodríguez (coord.) *Historia de la literatura mexicana 2. La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVIII*. México: Siglo XXI-UNAM, pp. 429-447.
- MATUTE, Álvaro (2005) "Justo Sierra, el positivista romántico", en Belem Clara y Elisa Speckmann Guerra (eds.) *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Vol. III. Galería de escritores*. México: UNAM, Col. Al siglo XIX de ida y regreso, pp. 429-444.
- SIERRA, Justo (1958) "Discurso de inauguración de la Universidad Nacional", en José Luis Martínez, *El ensayo mexicano moderno*. México: FCE, pp. 21-34.